

NUESTRA DIPLOMACIA

¡Ciudadanos! Contemplemos un poco nuestra diplomacia.

Quejábase hace tiempo el excelente *Journal da Noite* de que el Gobierno no publicase los informes de sus diplomatas, ministros, encargados de Negocios, secretarios de Legación, etc. ¡Ingenuo *Journal da Noite*! Es lo mismo que censurar que no se fotografíen los bajorrelieves de una pared lisa. ¿Qué quiere el distinguido redactor del *Journal da Noite* que publique el Gobierno? La diplomacia sólo puede ofrecer, como resultado de sus trabajos de veinte años a esta parte, su papel almacenado... en blanco. Si nuestros diplomáticos quisiesen un día remitir a Portugal, en conciencia, debidamente empaquetados, los documentos de lo que en el desempeño de su misión crearon, organizaron, pensaron y trataron, el Ministerio encontraría, espantado, al abrir el paquete... ¡un montón de guantes gris perla en mal uso!

Alteza la Gran Duquesa de Gerolstein, poderosa princesa en tres actos. Era el barón Grog. El barón Grog..., ¿no se acuerdan? Sólo que nuestra diplomacia no usa coleta, y se inclina con menos elegancia. Y el barón Grog conspiraba. Los nuestros ni siquiera conspiran. El tenía gracia; los nuestros son lúgubres. El únicamente nos costaba el precio de una butaca; los nuestros nos cuestan infinitos miles de duros.

* * *

Evidentemente, en la organización de nuestra diplomacia vamos siguiendo un camino de imprevisión.

Las aptitudes que se exigen en un ciudadano deben estar en armonía con los servicios que se esperan de él. No se requiere de los que aspiran a ser catedráticos de la carrera superior de Letras que presenten certificado de saber danzar dignamente el cancán. Por esto, si la misión de un diplomático es comer bien, bailar bien, vestir bien, nos parece inútil que se le pidan pruebas de que conoce el derecho internacional y la historia diplomática. El más trivial buen sentido ordena que él sea examinado simplemente de cuestiones como éstas:

Maneras más propias de poner la corbata blanca y sus divisiones.

Métodos más finos de comer las ostras; principios generales; aplicaciones.

Del vals; teorías; cuestiones principales; ejemplos, etc.

Así, supongamos que alguno de nuestros más nobles personajes políticos, el señor Braamcamp, por ejemplo, pretende una embajada. Le autoriza para tal aspiración su experiencia y su criterio. Que se le dé. Pero que anticipadamente sea examinado en el ministerio de Negocios Extranjeros por un Jurado competente y recto.

—Tenga el señor Braamcamp—dirá el Jurado—la bondad de sentarse en aquella mesa y comer aquel lenguado frito, para probarnos que no le es extraño ese punto de la ciencia diplomática.

Y Su Excelencia, cogiendo delicadamente el tenedor con una mano, y con la extremidad de dos dedos una fina corteza de pan, con los brazos unidos, la cabeza erguida, los ojos bajos, probará su inmensa competencia en aquella cuestión difícil.

—Tenga ahora el Sr. Braamcamp la bondad de valsar un momento por la casa con donaire...

Y Su Excelencia, arqueando blandamente los brazos, despedido en giros graciosos por entre las mesas del ministerio, con la cabeza encantadoramente inclinada, el mirar amoroso y el talle mórbido, probará victoriosamente que tiene hojeado con mano

diurna y nocturna a todos los tratadistas de aquella ilustre materia.

(*Nota bene.*—Para que el opositor no baile solo, podrá utilizar como dama al ujier del ministerio, al que tomará entre sus brazos con amable solicitud.)

Y, aprobado que fuese el señor Braamcamp, u otro señor cualquiera, en las cuestiones aludidas, el país podía confiarle sin vacilación cualquiera misión en una corte extranjera, seguro de que sus intereses serían allí dignamente comidos y danzados.

* * *

También se nos ocurre que, consistiendo una de las principales funciones de los secretarios y agregados de Embajada en danzar en los bailes del Palacio Real, la mejor manera de obtener un personal diplomático verdaderamente superior sería escogerlo... en el cuerpo de baile.

Nadie tendría entonces entre la diplomacia europea más gracia, armonía y ligereza en sus movimientos. Y sería honroso para nosotros que los diarios extranjeros pudiesen anunciar:

“Ha llegado hoy la señora Pinchiara, antigua primera bailarina de San Carlos, hoy secretario de la Embajada portuguesa...”

Y, más tarde, registrasen para vanidad eterna de nuestra patria:

“Ayer, la maravilla del baile de la Corte fué la manera adorable como danzó la señora Pinchiara, secretario de la Legación portuguesa. Parecía un silfo con sus vestidos de gasa. Se advirtió apenas que el señor secretario de la Legación estaba un poco más escotado de lo debido. ¡Es admirable la blancura de su cuello!...”

* * *

Igualmente nos parece ventajoso que el examen para agregados de Legación verse, no sobre la ciencia de los concursantes, sino sobre su ropa blanca.

Si el deber esencial de un agregado es la exposición solemne de sus cuellos planchados, de las pecheras almidonadas, que se arquean como corazas, y de los puños que asoman fuera de las mangas atrevidamente, debe el Gobierno utilizar para el buen servicio diplomático a aquellos que por la belleza y solidez de sus prendas almidonadas mejor acrediten por ahí fuera nuestras instituciones. La diplomacia comenzará a ofrecer garantías de su eficacia cuando el señor X hubiese conquistado los votos del tribunal examinador por el brillo de sus camisas inglesas y por el valor de sus calcetines, y

el señor I fuese unánimemente reprobado por haber tenido la osadía de presentar por toda ciencia y experiencia de los negocios un cuello ordinario.

Lo decimos con entrañable dolor: los señores diplomáticos portugueses se visten de un modo al que sólo falta para ser distinguido... ser enteramente diverso de como es. O se guían por el gusto nacional, que tanto impera en la rúa dos Fanqueiros, o, de no ser así, adoptan el viejo *chic* del bulevar, ya del tiempo del ministerio Rouher, y hoy únicamente usado por los *pollos* de Madrid. No sería, pues, inútil que existiesen en el ministerio de Negocios Extranjeros figurines modelos, con comentarios y notas, que los señores agregados deberían estudiar antes de encargarse sus trajes.

Otrosí: se nos antoja imprudente que los señores diplomáticos puedan hacerse un frac sin previamente llevar el "corte de talle" a la aprobación de una Comisión competente. De igual manera pedimos al Gobierno, en nombre del país, que no deje pasar las fronteras a ningún señor diplomático sin haberle examinado previamente las uñas y la caspa de la cabeza.

* * *

Una de las cosas que más perjudica a nuestra diplomacia es no poseer espíritu.

Ser espiritual es tener andado medio camino para ser buen diplomático. La tradición clásica nos muestra a Talleyrand rigiendo las intrigas europeas con las finas decisiones de sus buenos dichos. Modernamente, desde Morny hasta el sombrío Bismarck, la diplomacia tiene hecho de la espiritualidad casi un método. La espiritualidad es la elocuencia de la alegría y el atrincheramiento en las situaciones difíciles; salva una crisis haciendo sonreír; condensa en dos palabras la crítica de una situación; disfraza a veces la inopia de una opinión, acentúa otras veces la fuerza de una idea; es la más fuerte salvaguardia de los que no quieren definirse francamente; atrae hasta la convicción a la intransigencia haciéndole cosquillas; substituye la razón, cuando no substituye a la ciencia; da una posición al mundo, y adoptada como un sistema derrumba un imperio. Es, sobre todo, por el matiz que presta a las conversaciones, el arma de la diplomacia...

Pero...—con compunción lo decimos—nuestra diplomacia no tiene espíritu. Por eso sería conveniente que el ministerio de Negocios Extranjeros examinase a sus diplomáticos, antes de enviarlos fuera, acerca de temas así planteados:

—Si el señor agregado estuviese en un salón y comenzase a llover en la calle, ¿qué agudeza debe decir?

O, por ejemplo:

—En el camerino de un teatro de ópera, ¿qué gracejos debe lanzar un secretario de Legación sobre el cuerpo de baile?

Y sería asimismo conveniente que el ministerio poseyese una relación de jocosidades para todos los usos de la vida, que los señores diplomáticos ampliasen y aprendiesen: agudezas para baile, frases para almuerzos, para ceremonias religiosas, para recepciones en Palacio, para entretener a personajes célebres, para los entierros de personales reales, etc.

Contribuye mucho a que nuestra diplomacia no sea brillante el horror que tiene el país a ser representado por hombres inteligentes. No se puede decir que esto proceda del deseo de poseerlos en la tierra natal; más bien parece que le domina el terror de que ellos van a destruir la reputación de embrutecimiento que el país goza en las demás naciones. La verdad es que cuando algún hombre inteligente marcha en misión diplomática, los diarios se encolerizan y la opinión pública silba.

Si alguien se atreviese, por arrojado absurdo, a enviar como embajador a Alejandro Herculano, la nación, llena de rabia, se abriría las venas. Por su voluntad, el país enviaría a las cortes extranjeras, para ser representado dignamente, lechones de

Alemtejo. No lo hace porque, como al mismo tiempo es avaro y desconfiado, recela de que las Cortes extranjeras, no pudiendo arrancar a tales diplomáticos secretos políticos, les arrancasen los jamones. Por eso manda personas. Sólo por eso.

Al mismo tiempo, al país le gusta pagar barata su diplomacia. En esto abusa. Quiere una diplomacia bien vestida, bien bordada; y si se le presenta, por tener esa diplomacia, una cuenta un poco mayor de lo que le costaría vestir a un carretero, se escandaliza y grita por labios del señor Obispo de Vizeu. De modo que un ministro plenipotenciario se encuentra más embarazado con el libro de compras que con el manejo de la política.

Los diplomáticos portugueses tienen fama de agrandar por su palidez en el extranjero. Pero no saben allí que esta palidez proviene, no de la belleza de la raza peninsular, sino de la debilidad de la Legación, mal alimentada. Donde un embajador portugués se detiene más tiempo no es, por respeto, ante los monarcas extranjeros; es, por envidia, ante las tiendas de comestibles. Y si no pueden lograr tratados ventajosos para el país es porque andan ocupados en procurar más biftecs para su estómago. Si no fuesen las comidas de corte y las cenas de los bailes, la posición de diplomático portugués sería

insostenible. Y aun seguramente hemos de leer en los diarios extranjeros:

“Ayer, en la calle de..., cayó, víctima de la inanición, un individuo bien trajeado. Conducido a una farmacia próxima, el infeliz reveló toda la verdad... ¡Era el embajador portugués! Le dieron en seguida *roast-beef*. El desgraciado sonreía, con lágrimas en los ojos.”

Que el país atienda a esta terrible situación. Que tenga un movimiento generoso y franco. Conceda a sus embajadores menos títulos y más biftecs. Disminuya en buen hora sus atribuciones, pero aumente-les por lo menos las hortalizas. Ellos piden a su país una cosa bien sencilla: no es un palacio para vivir, ni un landó para pasearse, ni trajes, ni encomiendas; ¡es carne! Que el país, en el número del personal diplomático, reduzca los agregados... y aumente los bueyes.

* * *

Que nuestra diplomacia no se ofenda por estas líneas. Hemos querido tan sólo reír un poco. Y en esta nuestra triste tierra, cuando la gente quiere alegrarse y reírse un poco, tiene que recurrir a las instituciones, que son entre nosotros *jocosidades organizadas funcionando públicamente*.

Octubre, 1871.

LAS CREENCIAS Y LA IGLESIA

Jesús, cuando no sufría aún aquella áspera melancolía que le produjo más tarde la presencia de Jerusalén *blanca y pura*, era un buen Rabí que recorría perpetuamente, en el infinito éxtasis de su ensueño, su tranquila y humana Galilea, ora a pie, ora en uno de esos pequeños asnos que tienen los ojos tan grandes y tan dulces y que provienen de la alta Siria. Entraba en las sinagogas, y comentando los viejos papiros de la ley, enseñaba el nuevo Dios. Se detenía en las casas, se sentaba a la puerta sobre los asientos de mimbre trenzado, debajo de los sicomoros. Las mujeres le daban miel y vino de Safed, y le decían: “Habla, Rabí, habla.” Los niños tomaban sus manos, o, atrayéndole por los largos extremos de su *couffie*, amarrado por una cuerda de piel de camello, querían ver el fondo de sus ojos. Los discípulos apartaban a las criaturas. Pero el Maestro murmuraba corriendo:

—Dejad acercarse a mí a los niños. ¡Benditos sean! Ellos saben muchos secretos que los sabios ignoran.

Parece que últimamente el clero no tiene esa misma consoladora idea de Jesús. El señor vicario de Santos-o-Velho, el Día de Difuntos, después de la misa conventual, revestido con sus hábitos, sobre las gradas del altar, se volvió hacia el pueblo y reprendió a las madres que llevaban consigo los pequeños a misa. Y así quedaron expulsados de la iglesia los niños, que no pueden ir ni aun una vez por semana a alzar sus pequeñas manos hacia Aquel que fué en otros tiempos, entre las sombras de Galilea, su amigo inmortal.

Respetamos profundamente esta opinión católica del señor vicario de Santos-o-Velho. Es, sin duda, más moral que las madres lleven sus hijos a la taberna y les enseñen cuidadosamente—mostrándoles en lugar de la cruz una navaja abierta—esta máxima saludable: “Apuñalaos los unos a los otros.” Así se forman los justos. Sería también conveniente que la opinión del señor vicario tuviese una aplicación práctica y que hubiese en la iglesia para los niños la misma policía que para los perros, y que, frente al respetable funcionario ahuyentacanes, se dibujase al otro lado de la puerta el perfil del meritório empleado ahuyentaniños. Y el culto alcanza-

ría definitivamente, limpio del ladrido de los caues y del llanto de las criaturas, el más alto grado de pureza.

Realmente, los niños que lloran en misa cometen un desacato. Según afirma la teología casuística, los manuales de Inquisidores, las disertaciones de los dominicanos, y aun las profundas obras de Nieder, Sprenger, Spina y Rodin, el ilustre legista de Angers, los niños llevan dentro de sí al diablo, y cuando lloran en las iglesias es porque Satanás pretende insultar al culto y al sacerdote. De suerte que el señor vicario de Santos-o-Velho aun nos parece demasiado tolerante; porque debiera tal vez, con su autoridad de sacerdote y de teólogo, ordenar a las madres que cuando sus criaturas lloren en misa les aplasten inmediatamente la cabeza sobre las losas, para acallar la voz del Maligno.

El señor vicario se refería tan sólo a los niños pobres. A los ricos no impondría él, sacerdote de Jesús, esa aristocrático maestro, una exclusión irrespetuosa. Esas madres pobres pueden tal vez decirnos:

Que son pobres; que no tienen quien quede en casa a cargo de sus hijos; que no los quieren dejar solos en la cuna, llorando, o, si son más crecidos, cerca del fuego, con riesgo de caerse, de quemarse, de salir a la calle, de ser atropellados; que, en fin,

no se quieren separar de ellos, y que, como son pobres, faltos de pan, desgraciados en el mundo, sólo les queda soñar consoladoramente en la iglesia con un cielo reparador.

Tal vez esto sea así, aunque se advierta que estas razones están inspiradas por Satanás. Pero también es verdad que los señores vicarios no pueden ser interrumpidos en sus misas por los niños que lloriquean, y que es de toda justicia que sean excluidas de la iglesia, como perturbadoras del orden, de la decencia y del respeto, las madres que osen ir a rezar con su hijo en el brazo.

¡Pobres pequeños! ¡Consolaos! Jesús, vuestro amigo, tampoco fué más feliz; hace muchos siglos que él procura levantar la losa de su sepulcro, y hace muchos siglos que su clero empuja esa losa hacia abajo.

Octubre, 1871.

*VISITAS INDISCRETAS ENTRE ESPAÑA
Y PORTUGAL*

La Compañía de los Caminos de Hierro está abusando un poco de la impaciente amistad que, a su juicio, nos profesamos recíprocamente España y nosotros. A cada momento nos facilita entrevistas baratas y tiernas. Ciertamente, nosotros y los españoles nos amamos almibaradamente; pero no sentimos la necesidad urgente y ávida de precipitarnos así, cada ocho días, los unos en los brazos de los otros.

La Compañía de los Caminos de Hierro, con intenciones amables y civilizadoras, nos llega a colocar en situaciones terriblemente embarazosas. Digámoslo con ruda franqueza: nosotros no estamos presentables para recibir visitas. Vivimos aquí en nuestro rincón, sin ceremonia, en chinelas, y no nos agrada que venga gente culta a enterarse de la po-

breza de nuestros muebles y de nuestras conversaciones.

Tanto es así, que pedimos claramente al Gobierno, en nombre del país avergonzado y sin afeitar, que prohíba, bajo las penas más severas, a la Compañía de ferrocarriles el facilitar, por precios baratos, a esa aparatosa España, viajes de recreo al través de nuestra miseria.

El país no puede consentir dignamente que los españoles lo vengan a ver. El país está atrasado, embrutecido, remendado, sucio, insípido. El país precisa cerrarse por dentro y correr las cortinas. Y es una impertinencia introducir en medio de nuestro total desarreglo huéspedes curiosos, interesados, de sarcásticos lentes.

Imaginemos que mañana llega aquí, al amplio jae de una locomotora, en uno de esos trenes, una cohorte española descaradamente ilustre: estadistas, oradores, generales, literatos, pintores, catedráticos, arquitectos, periodistas... ¡Qué vergüenza, señores, qué vergüenza!

Imaginemos que esos hombres políticos, esos oradores, esos parlamentarios, Sagasta, Martos, Pi y Margall, Zorrilla, Rivero, Castelar, Cánovas, conservadores y revolucionarios, ministros y tribunos, filósofos y dialécticos, se van a sentar en un día de sesión a la tribuna de San Bento, y que ven, ¡pia-

doso Dios!, nuestras Cámaras, la nulidad del pensamiento, la torpeza de la palabra, el abandono de todo decoro, los insultos y los mentís, la compostura ordinaria y plebeya, la ciencia que falta, la intriga que abunda, la horrible bajeza de aquella pocilga constitucional.

Imaginemos que esos estadistas conversan con esos que son entre nosotros también estadistas; y advierten, ¡vergüenza eterna!, que ellos ignoran la administración, la economía, la historia, las cuestiones de la época, toda idea, todo hecho, y que por únicas palabras, por única profundidad, saben afirmar que el alcalde de Cabanelas es amigo del herrador de Cortegaza y que este compadrazgo aldeano da cincuenta votos al Gobierno de S. M.

Imaginemos que esos generales que vencieron en Africa, y que vencieron en las guerras del Norte, estudian nuestro Ejército, visitan nuestros cuarteles, hablan con nuestros generales...

¡Oh, por piedad!... Supongamos que esos catedráticos puedan entrar en la obscura vergüenza de nuestras escuelas; que esos jurisconsultos quieran ver nuestros tribunales; que esos arquitectos contemplan nuestras construcciones; que esos pintores pregunten por nuestros museos; que esos hombres de mundo lleguen a tratar a nuestros *dandys* o pararse a mirar su *toilette*... ¡Qué vergüenza, qué ver-

güenza! ¡Ah, señores; no consintamos que esa cruel España, que se levanta, que se organiza, que se engrandece, venga, monóculo al ojo y carcajada en la boca, a hacer el comentario jocoso de nuestra pequeñez! ¡No consintamos que nos vean! ¡Encerrojémonos! Los chinos no permitían en tiempos pasados que los europeos viesan su esplendor. ¡Seamos la China de la miseria!

Y si acaso la Compañía de ferrocarriles, para fingir que tiene pasajeros y movimiento, precisa de una manera imprescindible hacer pasar la frontera a algunos viajeros curiosos, por lo menos que sólo dé cabida en sus vagones a aquellos ante quienes no podamos sentir vergüenza y con cuyas civilizaciones podamos competir: cafres, patagones, lapones, abisinios, etíopes, tártaros y hotentotes. Y entonces estaremos en familia.

En cambio, España, la garrida España, parece desear profundamente que nosotros los portugueses examinemos de cerca su *salero* político, económico, artístico, religioso y teatral; porque, con una originalidad cómica que excede de todo cuanto han contado las novelas picarescas del siglo XVII, España condecora a todos los portugueses que acometan la arrojada empresa de ir a Madrid. Sin distinción, sin seleccionar. El viajero portugués llega; el dueño de la fonda le lleva el chocolate, y un portero

del Palacio Real la condecoración. Ya sea porque España quiera recompensar las molestias y el tedio de ir a ver su capital, ya porque el rey Amadeo—que nunca fué visitado por la aristocracia española—se conmueva hasta las lágrimas y hasta las cruces y placas cuando se digna ir a verlo la burguesía lusitana, el caso es que el portugués que llega recibe en pleno pecho, sin prevención, sin “¡agua va!”, una condecoración y un diploma enrollado.

De antemano se sabe que se va a recibir la gracia. Se puede telegrafiar así a Madrid:

“Hotel de los Embajadores.—Calle de San Jerónimo.—Para el señor Moreto, propietario.—Llegaré mañana.—Prepáreme cuarto y encomienda Carlos III.”

Para mayor franqueza, podía ser incluída la condecoración en la cuenta de hoteles.

Garbanzos Un duro.

Gran Cruz de Isabel la Católica. Gratis.

Dicen que el Gobierno español ha resuelto condecorar de esta forma a los que toman billetes de primera o de segunda para Madrid, con el único fin de favorecer a la Compañía de los Caminos de Hierro.

En tal caso, era más cómodo entregar desde luego la condecoración en la estación de Santa Apolonia.

—Deme un billete de segunda clase y la condecoración—gritaría el viajero en la ventanilla.

Y la Compañía le pegaba el impreso de ruta en el saco de noche, y la encomienda en el frac... Y el señor Comendador entraba en su departamento.

Evidentemente, hay dos delicadas intenciones en ese derrame de insignias.

La primera es compensar las cuentas de los hoteles.

Después de la guerra de Marruecos, aquellos que podían mostrar una cicatriz presentábanse en el Ministerio de la Guerra y recibían la medalla de Africa. Ahora parece que, después de pasar algunos días en Madrid, aquellos que pueden enseñar, no una cicatriz, sino la cuenta del hotel, reciben en el Ministerio de la Gobernación la cruz de Carlos III. Si es así... ¡aquí estamos nosotros! Tenemos una cuenta de la *Fonda de Madrid*, de la plaza de San Antonio, de Cádiz, innumerable en garbanzos y... en duros. En buena lógica, no puede dejar de dárse nos una capitania general. ¡Y aún perdemos!

La segunda intención es premiar a los que viajan.

Pero entonces, ¿qué honras se reservan para aquellos que van aún más allá de Madrid? ¿Qué grandes cruces se dan a los que van a Barcelona? ¿Qué títulos de nobleza esperan a quienes son capaces de llegar a las Vascongadas?

Porque, en fin, si uno de nosotros se cuadrase ante S. M. el Rey D. Amadeo y le dijese:

—Real señor: este humilde servidor vuestro ya tiene ido a España, de España a Malta, después a Egipto, después a Arabia, después a Palestina y a Jerusalén; atravesó los montes de Judea, peregrinó hasta el Jordán, subió a Siria, visitó el Líbano...

... S. M. el Rey D. Amadeo no podría menos de descender las gradas de su trono y gritar conmovido:

—¡Extraordinario viajero: ven a reinar sobre los españoles!

¡Gloriosa España! ¡Divertida España! A Cristóbal Colón, que hizo un viaje maravilloso y llegó al Nuevo Mundo, le diste un puñado de pajas para que sobre ellas muriese en una cárcel, y al que emprende el viaje a Madrid y llega a la calle Real le das una insignia de plata. ¡Gloriosa España, divertida España!

Estábamos bien engañados con respecto a los méritos de las gentes. Nuestro espiritual amigo Pinheiro Chagas ha sido, desde su más lejana mocedad, un trabajador. Periodista, poeta, novelista, historiador, dramaturgo, crítico, siempre ante su mesa de trabajo con el valor de quien está en una trinchera ha despertado con su vigorosa pluma nuestra indolente curiosidad. Ningún Gobierno le puso nada sobre el pecho; ni un capullo de rosa en el ojal. En

cuanto a España, jamás pensó ni en darle los buenos días. Pero Pinheiro Chagas decide una vez meterse en un vagón del ferrocarril. Y el Gobierno español, con un grito amoroso, le clava en el pecho la placa de Carlos III.

¿Qué ilación hay en esto? Que a los ojos del Gobierno español la mayor empresa que puede acometer un varón contemporáneo no es hacer un gran libro, ganar una gran batalla, descubrir una gran máquina..., sino tener el sobrehumano valor de ir a Madrid. ¿Habrà nada más humillante para Madrid? Es forjar una pavorosa idea de una ciudad el considerar como un acto de heroísmo ir a ella. El doctor Livingstone, que ha viajado por desiertos desconocidos, por ásperos eriales, por ríos bárbaros y entre tribus antropófagas, es ilustre; pero le falta la hazaña suprema: ir a mediodía a la calle de Alcalá.

Y nosotros, los portugueses, cuando llevemos de la mano a nuestros hijos y nos encontremos a alguno de estos heroicos viajeros de Madrid, diremos a las criaturas:

—¿Ves, hijo mío, a aquel señor condecorado que va moviendo su bastón?

—Sí, papá.

—Pues admíralo, hijo, y procura imitarle. Aquel hombre sublime, en un momento de valor, despre-

ciendo la vida, lleno tan sólo de fe en Dios y de amor a la humanidad, tuvo un día la febril temeridad, la aturdida audacia de tomar el tren de recreo y de ir a Madrid.

¿Y sabéis, amigos, cómo comenzará el nuevo poema que más tarde o más temprano ha de ser escrito sobre los nuevos *Lusiadas*? Comenzará así:

*Eu celebros os varões assignalados
Que da occidental praia, heróicos, sós,
En "wagonss" nunca d'antes franqueados
Passaram ainda além da Badajoz...*

Octubre, 1871.